



"¿Descendemos del mono?"

Adán, Eva y el mono. La evolución y la Biblia

Cuando hablamos de teoría de la evolución, podemos estar refiriéndonos a diferentes cuestiones. Y ocurre lo mismo con el término creación. Como siempre, el encaje de ambas nociones dependerá de a qué nos referimos con cada una de ellas.

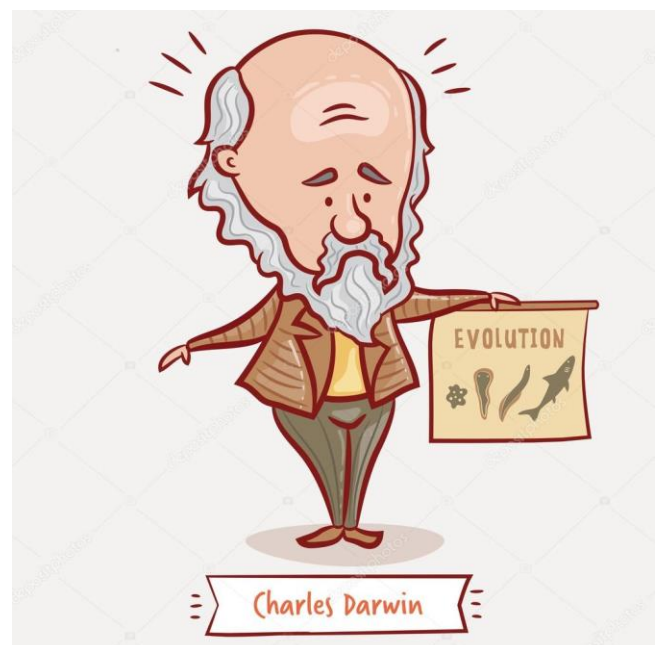
El profesor Francisco Ayala afirma: «La teoría de la evolución se ocupa de tres materias diferentes. La primera es el hecho de la evolución; esto es, que las especies vivientes cambian a través del tiempo y están emparentadas entre sí debido a que descienden de antepasados comunes. La segunda materia es la historia de la evolución; esto es, las relaciones particulares de parentesco entre unos organismos y otros (por ejemplo, entre el chimpancé, el hombre y el orangután) y cuándo se separaron unos de otros los linajes que llevan a las especies vivientes. La tercera materia se refiere a las causas de la evolución de los organismos».

De estas tres cuestiones, la primera puede considerarse como un hecho. Hay datos más que suficientes para afirmar como científicamente cierto que todas las especies existentes tienen antepasados comunes, y que se ha dado por tanto una evolución desde unas especies primitivas y menos complejas hasta las que conocemos en la actualidad.

En el segundo aspecto de la evolución señalado por Ayala: el de la historia de la evolución, el grado de certeza que poseemos es menor que el que pueden alcanzar las ciencias matematizadas. Los hallazgos que se van produciendo hacen que cambie con bastante frecuencia lo que ya estaba establecido. La genética moderna ha contribuido a confirmar muchos de los resultados obtenidos por otras vías.

El aspecto quizás más difícil y problemático

es el de la determinación de las causas de la evolución. Lo que se trata de explicar es el origen del aumento de complejidad y diversidad en el mundo de los seres vivos.



Una de las tesis que ha dominado en el mundo académico y científico desde casi los inicios del siglo XX, afirma que la causa principal de la evolución es la «selección natural» actuando sobre una población que, aunque de la misma especie, presenta una cierta variedad genética. Dicha variedad es consecuencia de las modificaciones que se producen en el código genético de los individuos de la especie. Las modificaciones tienen un carácter fortuito o azaroso. Actualmente se tiene la certeza científica de que la variación más la selección natural, propuestas inicialmente por Darwin y Wallace, son causa de cambios y de adaptación al ambiente en los seres vivos.

Sigue discutiéndose, y no existe el mismo acuerdo científico sobre ello, el grado de influencia que este mecanismo tiene realmente en la explicación del incremento de complejidad y, consiguientemente, en la evolución de las especies.

La teoría de la evolución quiere dar cuenta, en el ámbito de la ciencia natural, de cuáles son las causas de las transformaciones materiales que ocurren en la naturaleza. En este caso, en el mundo de los seres vivos.

Por su parte, la noción de «creación» se mueve en un contexto muy diferente. Crear, en el ámbito que aquí nos interesa, se entiende como dar el ser a partir de la nada. Se trata, por tanto, de una noción que cae en el ámbito metódico de la filosofía; en particular, de la metafísica. La noción de creación no trata de responder a los diversos problemas que hemos visto que se plantea la teoría de la evolución. En el ámbito de la realidad física, la filosofía se plantea un problema más radical aún: la existencia del mundo natural, de ese mundo del que nos hablan la biología, la física o cualquier otra ciencia.

Lo dicho hasta ahora pone de manifiesto que no puede haber oposición o incompatibilidad entre lo que nos dicen las ciencias biológicas y lo que se expresa con la noción de creación en metafísica. El ámbito metódico de ambas disciplinas es muy distinto. Las ciencias naturales se ocupan de transformaciones materiales de las que se tiene algún tipo de experiencia de carácter empírico. No puede decir nada, por tanto, de un acto que trasciende la mera transformación material: otorgar el ser de la nada. Se podrá discutir y argumentar, afirmar o negar la noción de creación, pero no se podrá hacer desde la biología, ya que excede su ámbito metódico.

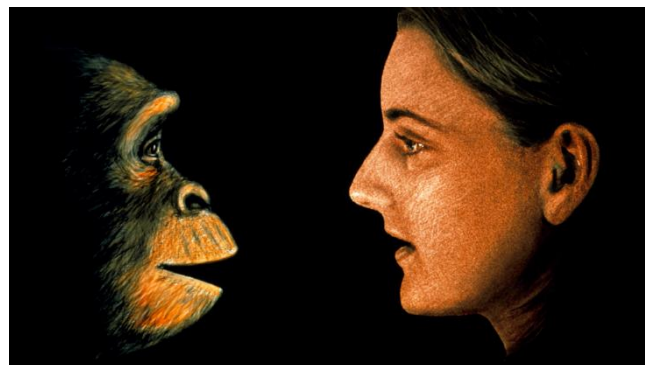
Tampoco la reflexión metafísica, que se ocupa de principios como «el ser en cuanto creado», puede explicar a los biólogos cuáles son y cómo actúan los mecanismos que ellos investigan. Esto sería entrar en un campo metódico para el que la metafísica es claramente incompetente. Los problemas han surgido cuando, desde una de las dos disciplinas, se han hecho afirmaciones que entran en el ámbito de estudio de la otra.

No solo son compatibles y no hay oposición entre teoría de la evolución y creación, sino que pueden considerarse complementarias.

Se trata de la misma complementariedad existente entre la filosofía y las ciencias en general. Ambos tipos de racionalidad parten de la misma experiencia humana. La historia muestra que se han influido recíprocamente y, en la mayoría de las ocasiones, de manera positiva.

En resumen, la ciencia empírica no puede afirmar la creación. Pero tampoco la puede negar.

Por otra parte, las diversas ciencias, al darnos a conocer el mundo natural con sus procesos, su organización y sus múltiples relaciones, nos invitan a pensar en el fundamento o principios que sustentan la unidad que guardan entre sí y con otros ámbitos de la realidad que no son puramente materiales. Las ciencias nos invitan a preguntarnos, entre otras cosas, si el mundo que ellas nos permiten conocer cada vez mejor puede dar razón de sí mismo, si es autosuficiente. Cuestiones como estas pueden llevar a vislumbrar que la noción de creación ilumina estas preguntas que la ciencia suscita en el ser humano, aunque desde otro nivel de racionalidad.



Finalmente, la fe en un mundo que es creado proporciona la seguridad de que hay una racionalidad que da unidad y sentido a toda la realidad: la racionalidad que procede de su Creador, del «Logos». De esta manera, la Naturaleza constituye una llamada a pensar, a buscar, la racionalidad que la sostiene, a tratar de conocerla más y mejor, y a no rendirse ante las dificultades que lleva consigo toda investigación.